

Archivo del Brigadier
General JUAN FACUNDO QUIROGA
Nº XI - 1760 -

DISCURSO

SOBRE LA

CONVENCION NACIONAL.

SANTA-FE:

IMPBENTA DE LA CONVENCION.

.....
1828

Advertencia de los editores.

El siguiente discurso apareció en el *Correo Político y Mercantil de las Provincias Unidas del Río de la Plata*, periodico de Buenos Ayres, en los números 88, 89, 91 y 92, publicados en 11, 14, 18 y 21 de Enero del corriente año. La multitud de errores topográficos de la primera edicion, la dificultad de profundizar bien un discurso periodicamente interrumpido, y mas que todo, la importancia de generalizar por las provincias las ideas que éste contiene, ahora que está ya á punto de celebrarse la convencion, nos han movido á reimprimirlo, y publicarlo en una sola pieza. En su lectura se verá que nos ha sido necesario aumentar algunas notas, las que hemos señalado con signos alfabéticos, á diferencia de los aritméticos, de que el autor usó para marcar las suyas.

DISCURSO

SOBRE LA CONVENCION NACIONAL.

Están en Santa Fé los diputados de algunas provincias (a): están los de la nuestra, y marchan los de las otras. Esperamos que la convencion nacional se reuna pronto.

Desde el año de 1810, se han celebrado tres reuniones nacionales, (1) y las tres han tenido exito desgrado. El último congreso instalado con los mejores auspicios a fines del año de 1824, acaba de disolverse abandonado por la opinion de los pueblos.

La notoriedad de estos hechos nos sugiere el examen de las tres cuestiones siguientes. ¿Es necesaria la formacion de un cuerpo representativo nacional? ¿Es oportuna hoy? ¿Es conveniente bajo el carácter y circunstancias de la convencion que está convocada? Nos explicaremos.

La primera cuestion está reducida á preguntar: ¿es necesario que las provincias del Rio de la Plata formen una nacion? Y en este absoluto concepto es hasta ocioso discutirla:—nadie habrá que no esté por la afirmativa. Los males que lamenta cada una de nuestras provincias, el desaliento que las enerva, las necesidades que las oprimen, son consecuencias de esa primera necesidad—

(a) En número de mas de dos terceras partes. *Los editores.*
(1) Hablamos de las que han tenido por objeto dar una constitucion permanente.

la de la union. Ninguna tiene bastante capacidad para ocupar un lugar y alternar entre los pueblos del mundo : ninguna tiene bastante fuerza para garantir su seguridad externa—en Buenos Ayres mismo se siente hoy esta verdad. Sin los auxilios de la asociacion, en una agitacion ansiosa, cargadas del peso de su existencia, no pueden las provincias ponerse en actitud de mejorarla : los pueblos, como los individuos, no pueden perfeccionarse por sí solos. Sin embargo, algunos años de tranquilidad, de comunicacion, de confianza recíproca, bastaria para que ellas se contragesen á su organizacion interior, y animasen el gérmen de prosperidad que encierra cada una en su seno. No se necesita sino que unas instituciones libres y benéficas presten garantias á la industria, para que el espíritu de empresa, que tantos progresos ha hecho en la provincia de Buenos Ayres, y que tanto ha perfeccionado su ser social, se ensaye con suceso en las demas. ¿ Pero qué instituciones, qué garantias, qué mejoras pueden darse las provincias en su actual estado de aislamiento ? Cada una de ellas posee, es verdad, los arbitrios, los elementos para su organizacion, para su perfectibilidad interior : cada una tiene necesidades distintas, nadie sino ellas mismas puede satisfacerlas. Pero disputando siempre su existencia, siempre fuera de sí, y vagando entre temores, ¿ qué pueden hacer ? Nada sin el influjo de una autoridad nacional, que, proveyendo á sus necesidades comunes, aligere el peso de sus atenciones ; que constituyéndose en depósito de la confianza de todas, formando un centro de opinion, de consejos y de luces, dicte medidas convenientes para afianzar los principios, para regularizar su práctica en toda la república. Ni es preciso ni tampoco conveniente, abundar en reflexiones sobre este punto. Sin nacion no hay provincias : la naturaleza lo ha decretado, y la necesidad de formarla es sentida de todos.

¿ Pero es oportuno proveer hoy á esa necesidad ?
 ¿ Son estos los momentos indicados para la formacion de

un cuerpo nacional! Las provincias se sienten instintivamente impelidas á formar naci6n: lo quieren, se apresuran á enviar sus representantes á la convencion: luego ésta es oportuna. Pesa tanto en nuestro concepto esta reflexi6n, que á ella cederian obgeciones de mas fuerza aun que las que hasta ahora se han aducido contra la oportunidad, y de que despues nos hacemos cargo. Entre tanto apuntaremos, y nada mas, los motivos que reclaman con urgencia la instalaci6n de un cuerpo nacional, y aunque con sentimiento sacrificaremos á la prudencia cuanto podíamos explanar en la materia.

Estamos en guerra: esta guerra es nacional por el sentimiento que la produjo, por la autoridad que la dictó, y porque las provincias la sostienen, ó quieren sostenerla. No hay riesgo de que ella pierda este carácter, y mucho menos instalado el cuerpo nacional. El prevendria y haria ilegales cualesquiera transacciones parciales, cualesquiera tentativas que la seducci6n proyectase. Las provincias como están hoy, es verdad, forman una naci6n, ninguna pertenece á sí misma, ninguna puede ni quiere disponer de su suerte, ni dar un paso que comprometa á las otras: pero esa naci6n, la naci6n Argentina, vá á mostrarse de un modo auténtico, por decirlo así, vá á tener un vínculo ostensible en una representaci6n comun. Basta haberlo indicado.

Observando sobre el mismo estado de guerra, es preciso dar á ésta todo el empuje de que es suceptible, y la fuerza del cuerpo nacional se empleará en ello con suceso. No queremos decir que la convencion divida con el gobierno que nombre las atribuciones que ahora están en uno solo: esto seria debilitar la acci6n, complicar los resortes, y trabar la celeridad, que debida tal vez á la unidad del impulso, se observa desde la disoluci6n de las autoridades llamadas nacionales. Pero solo á un cuerpo de esta clase es dado poner en uso algunos otros elementos que están todavia informes, disponerlos, organizarlos, y colocarlos á disposici6n del gobierno. Solo

él puede allanar ciertas dificultades que, sin ser de mucho bulto, retardan sin embargo la pronta ejecucion de las medidas; solo él puede acelerar la total concurrencia al teatro de la guerra; solo él en fin puede imprimirle una energia mayor aun de la que hoy tiene. Depositarios los diputados de una confianza reciente que ni son capaces, ni aun han tenido tiempo de traicionar; entre-sacados de los que han hecho causa con los pueblos, iniciados y comprometidos ellos mismos en la marcha de los negocios, serán para sus comitentes otros tantos agentes eficaces de cuanto concierna al interes general: su influjo, su mediacion, sus oficios disiparian hasta la sombra de las desconfianzas, si alguna apareciese, y reanimarian al sentimiento nacional cuando él llegase á desfallecer. Si la amistad, si la uniformidad de ideas, de opiniones, y de interes, si las mas caras y antiguas relaciones no han perdido ya todo su imperio sobre el corazon del hombre, no dudamos de los importantes servicios que la convencion puede prestar al pais en su estado. Creemos que serán mucho mayores que los que en el mismo sentido prestó efectivamente el último congreso antes de su aberracion, antes de la creacion de un gobierno permanente, época fatal de sus desvios. Pero sin contar con el influjo personal, y con el carácter de mediacion que tan buenos resultados han producido ya, nosotros estamos casi ciertos que la apertura sola de la convencion proporciona al gobierno crédito y recursos: ¡ojala no nos engañemos; entre tanto nos limitamos á expresar nuestros votos por su mas pronta reunion. Ella mostrará tambien al emperador cuantos son sus enemigos, le hará mudar de language, y le advertirá que es ridicula la seguridad con que afirma que está en guerra con el gobierno de Buenos Ayres.

Considerando todavia el estado de guerra, es imposible no fijarse en su terminacion. Es verdad, que para este caso está autorizado por las provincias nuestro gobierno para celebrar tratados de paz: pero esa autoriza-

cion ha sido dada en la hipótesis de una convencion nacional, y hasta su reunion; esa autorizacion sobre todo está restringida por algunas provincias que se han reservado el derecho de ratificar ellas mismas los tratados por medio de sus juntas provinciales. Cualquiera vé las graves dificultades que trae aparejadas esta retriccion para un caso práctico: las demoras que importa en asuntos de esta clase que, nacidos por lo general entre el conflicto de circunstancias críticas, demandan siempre prontitud: lo extraño en una palabra de que unos tratados de paz tengan para su ratificacion que recibir el pase de varios, tomados separadamente. No es nuestro ánimo censurar á las provincias que se han reservado esa facultad: elogiamos por el contrario el zelo nacional que de este modo han manifestado. Han creído tal vez con razon, que era demasiado autorizar al gobierno de una provincia con facultades ilimitadas á este respecto: pero la existencia de un cuerpo nacional puede sacarnos de esta alternativa incómoda. Las provincias mismas que se han reservado esta atribucion lo han conocido así, y se la han reservado únicamente hasta la reunion de la convencion.

En el exámen de la primera cuestion hemos observado el aspecto político de nuestras provincias, hemos tocado la necesidad de que ellas se reunan en un cuerpo nacional. Y bien, ¿esa reunion por qué no ha de ser ahora? ¿por qué se han de prolongar los males del aislamiento? Supóngase que la convencion no llegase á modificar los destinos de los pueblos, ni á producir las ventajas que hemos apuntado ya, y las que en adelante indicaremos; pero de la solucion de las objeciones que se han aducido, resultará que ella tampoco amenaza con mal alguno, y que en el caso mas desgraciado nos dará solo un nuevo desengaño, una nueva prueba de la triste imposibilidad en que estamos de organizar nuestro ser nacional. Tenemos pues que sin exponernos á riesgo alguno podemos intentar otro ensayo bajo una convencion nueva, y poniendo á provecho las lecciones de la

experiencia: si contra todas las probabilidades éste todavía es infructuoso, estamos en el caso de no haberlo intentado: nuestros males no serán por eso mayores. Crecerán del mismo modo nuestras calamidades; las desconfianzas, esa inquietud sombría, esas disposiciones hostiles, que tanto se exageran, adquirirán igual cuerpo, y lo que es peor que todo, se entaviará cada día mas el sentimiento nacional, y se borrarán hasta los vestigios de los lazos que nos unían. Esta última idea nos oprime: no permita el númen patrio que se realice. Nuestros males no han llegado á su cólmo, supuesto que aun nos resta la conciencia de ellos, y el vigor necesario para curarlos; no hemos caído aun en ese estupor letárgico, signo infalible de la muerte. Reanimémonos, usemos del plan que las circunstancias nos brindan, todo nos anuncia que tendrá resultados felices.

No hay que dudarlo: examinémos mas de cerca este plan, y no trepidaremos en abrazarlo hoy. En este examen nos veremos obligados á anticipar algunas ideas de las que naturalmente pertenecen á la tercera de las cuestiones propuestas. No nos hemos decidido por la oportunidad de una representacion nacional, sino en la inteligencia de que ella vá á ser nada mas que una convencion cuyos objetos estén limitados *primero á proveer á las necesidades urgentes de la guerra: segundo á fijar la base de una constitucion para la república; delindar con precision y claridad las atribuciones y deberes del futuro congreso constituyente, y acordar la época de su reunion.* Por lo que respecta al primer objeto la oportunidad está á la vista: el mal es de hoy, y hemos demostrado ya las probabilidades que recomiendan el remedio que ofrecemos: sobre todo, él no puede ser en manera alguna perjudicial al mismo objeto. Nos contraheremos pues al segundo.

Por lo que el público ha podido tracender, sabemos que los diputados electos llevan instrucciones precisas sobre los puntos expresados, y que todas ellas felizmente

están en perfecta consonancia en lo sustancial. Este ya es un dato remarcable: él nos pronostica que la convencion concluirá sus trabajos, y que estos *modificarán* los destinos del país, tendrán un influjo decisivo sobre su suerte, y deslindarán con precision la ruta de su felicidad. No se necesita mas para que su reunión sea oportuna.

La causa principal de los extravíos que han padecido las anteriores representaciones, el *principio malo* de su destruccion ha sido la inobservancia de unas instrucciones circunspectas, precisas, y limitadas. Los diputados ó no las han tenido, ó lo que es peor, lo que es altamente inmoral, impolítico y escandaloso, los que las han recibido, las han hollado á presencia misma, y en manifiesto desprecio de sus comitentes. Se ha creído, y se ha predicado hasta el fastidio, que un cuerpo constituyente debia ser absoluto, sin dependencia de sus poderdantes; y ha sido este el instrumento funesto con que se ha cabado hasta el abismo del precipicio de la república. Los mandatarios se han convertido en mandantes, se ha dicho que no eran los pueblos quienes debian darse la ley, sino esa porcion privilegiada que los representaba; al menos en este sentido se ha obrado. A estas máximas liberticidas se ha opuesto en vano que la voz del pueblo es la suprema ley, que nada hay que pueda sofocarla por siempre; que á la opinion pública se ilustra, pero no se impone; sobre todo, que jamas se le puede despreciar impunemente, mucho menos en un país como el nuestro, en que todos somos, ó nos creemos iguales; en que ninguno goza esclusiva superioridad sobre los demas; ninguno tiene bastante poder para oír en la mayoría de los pueblos un cambio súbito de ideas, para hacer que acojan y veneren aquellas mismas que por convencimiento, ó por antipatía desestiman; aquellas mismas que les proponen las que por prevenciones anticipadas les son sospechosas, ó los que acaban de sancionarlas con violacion y en público desaire de sus dictámenes, encarecidamente recomen-

dados. Todo esto se ha opuesto con energía, pero en vano: á todo se ha replicado con sofismas, con temas de un optimismo siempre quimérico, con la negativa de hechos notorios á que los sucesos han dado siempre nueva realidad. Los diputados en tanto se han separado con desden de la ruta que les demarcaban sus instrucciones, ó el voto conocido y mil veces manifestado de los pueblos: han vagado en una area incircunscripta, han abundado en su propio sentir, ó por decirlo mejor, han servido al de otros. Si, los pueblos lo han visto con indignación: han visto á esos diputados que desdenaban sujetarse á sus instrucciones, sometidos á las ideas, á los designios, á los caprichos de dos ó tres. No se nos diga que al imperio de lo que ellos creían la razón: su debilidad pudo alguna vez extraviarse al eco de una voz robusta y entre el artificio de la sofistería: pero estos extravíos jamás han sido inculpables. Los diputados tenían por norte el eco mas imponente de la opinion pública, tenían por brújula sus instrucciones: —aquí sus deberes, la razón privada debia rendirles homenaje.

No ha sido pues extraño el éxito que han tenido los comicios nacionales celebrados antes de ahora: ha sido muy natural, muy conforme á sus antecedentes. Los mandatarios habian obrado en oposicion á sus poderes, los comitentes no estaban obligados á respetar sus operaciones. Las leyes fueron dictadas en perfecta contradiccion á los deseos del pueblo, siempre conformes á sus necesidades; á los deseos del pueblo, medida infalible de la conveniencia, único principio del deber en política, los pueblos las miraron con una expresiva indiferencia, ó las rechazaron con cólera. Los prevaricadores entonces abandonaron un lugar que harto tiempo habian forzado á despecho de la opinion, y las provincias dispersas, engañadas en sus esperanzas, se vieron en la dolorosa necesidad de recogerse en sí mismas.

Sin embargo, las provincias teniendo en vista sus necesidades, dóciles siempre á sus intereses, vuelven hoy

á elegir sus representantes: vuelven á dar una prueba del deseo que las anima por reunirse, y de que no es á ellas á quienes debe imputarse la frustracion de este objeto. Ellas son justas, y permítasenos hacer aquí esta observacion:—por lo que hasta ahora sabemos, son reelectos, en su mayor parte los Diputados que en el anterior congreso estuvieron por la forma federal: ; tan manifiesto es el voto de los pueblos! Eligen pues sus diputados, y leccionados por las infidencias anteriores, ponen esmero en precaverlas: les dan instrucciones las mas sencillas, las mas claras, terminantes, intergiversables y uniformes: esta última circunstancia al paso que demuestra que las provincias están de acuerdo y que jamas han presentado mas *puntos de contacto*, previene tambien el único inconveniente real, que puede oponerse al sistema de instrucciones:—la *divergencia* y la imposibilidad de arribar á un punto. Los diputados por su parte escarmentados en la perdición de los que los han precedido, no querrán desviarse un punto de sus instrucciones: no podrán tampoco. Los objetos á que está convocada la presente reunion son tan limitados, sus atribuciones son circunscriptas de tal modo, que sin una temeridad, sin una audacia que raye en demencia, no pueden los diputados sobreponerse á sus poderes. La reunion no vá á ser sino una *convencion* nacional preparatoria: vá solo á fijar las bases de una constitucion, y de un cuerpo constituyente: estas bases no pueden ser otras, que las mismas que dicten los pueblos. No les es dado reunirse en un mismo lugar, pero remiten á sus representantes, que no serán en el caso sino sus *mandatarios especiales*, por explicarnos asi; no podrán ser sino órganos exáctos de la voz de los pueblos. Todas las precauciones tomadas, el cuerpo representativo expresará el voto genuino de sus comitentes, y sin dificultad alguna sancionarán la base de la constitucion.

¡Y no han venido ya los momentos oportunos para esta sancion? ¡No se presenta hoy la ocacion preciosa

que pasará, y tal vez sin retorno? Diez y seis años há que se disputa entre nosotros con calor, sobre cual base se ha de afianzar el sistéma de gobierno republicano, si sobre la unidad de régimen, ó la de federacion. Esta fatal disputa ha hecho correr tal vez tantas lágrimas, tanta sangre como las que nos ha costado nuestra emancipacion de la España: ella ha sido el alma de la discordia, la causa ó el pretexto de todas nuestras desgracias. El influjo maléfico de las voces *unidad y federacion* ha agitado á los hombres como frenéticos, y los ha hecho arder en sed rabiosa de sangre fraternal. Cada vez que ellas han sonado en la tribuna, se ha repetido su éco en el campo de batalla, y á la misma hora se han abierto los dos teatros de la contienda. Si en el primero ha prevalecido la unidad, en el segundo siempre ha triunfado la federacion. Cualquiera conoce lo que esto quiere decir: cualquiera conoce la causa de que los egércitos federales compuestos de ciudadanos armados en masa, hayan arroyado casi siempre á los unitarios, formados de tropas diciplinadas y expertas: los primeros combatian por el voto de los pueblos, y es imposible dar otra razon del fenómeno indicado. Los triunfos del partido federal se han aumentado en razon directa de la respetabilidad que ha adquirido, y de los progresos que á este respecto ha hecho la opinion. Al principio de la lucha, cuando eran raros los ciudadanos que pensaban por sí, y casi todos imbuidos sin apercibirse de ello en las ideas del gobierno, no profesaban sino sus doctrinas; los federales eran pocos es verdad: pero á medida que la opinion se ha ido emancipando, y que el convencimiento ha reemplazado á la autoridad, la secta federal ha enrolado prosélitos respetables, y ha llegado al fin á dominar en todos los ángulos de la república: muy pronto veremos la futilidad de los sofismas con que se intenta contradecir á estos hechos notorios. Entre tanto lo que es preciso recordar, lo que importa repetir, y repetirlo con insistencia es que siempre que en los comicios se ha renovado esta clásica discusion, ha estalla-

do con nueva fuerza el fuego de la guerra civil: entre sus estragos, entre sus espantosos horrores, los hombres imparciales, aun aquellos mismos que de buena fé y con calma profesaban una de las opiniones en cuestion, creian que si alguna vez uno de los partidos beligerantes, vencido por la fuerza ó por la razon depusiese las armas, y dejase el campo á su contendor, sería esta la época que cerrase la de nuestros sangrientos males: que en el momento debia adjudicarse la corona del triunfo al que lo hubiese obtenido, y sancionarse la opinion dominante, cualquiera que ella fuese. Pensaban que la necesidad superior de la república era la tranquilidad, la calma, la paz interior: que solo asi podrian las provincias adaptarse á la base sancionada: que solo asi podrian habituarse al órden, y aun verificar por las vias constitucionales un cámbio de base, cuando el tiempo hubiese demostrado los inconvenientes de la adoptada, y él mismo hubiese traído tambien la oportunidad de variarla sin peligros. Asi pensaban los hombres sensatos, esto anhelaban todos los patriotas:—llegó al fin la época suspirada por tantos años. El convencimiento y la fuerza acaban de decidir la cuestion:—es un hecho ya que la república debe ser federal: conságrese este hecho por la sancion de la ley. Conságrese ahora que al fin hemos arribado á una sola opinion: ahora que estamos todos de acuerdo; ahora que la oposicion es débil, y que los géfes mismos del unitarismo temblarian al proponer como adaptable esta forma. No es preciso detenerse mucho en examinar cual es la que se vá á sancionar: á nada conduciría este examen cuando se trata solo de declarar un hecho que existe, y cuando aquel no podria variar la realidad de las cosas. Lo que importa es salvar el escollo en que tantas veces hemos naufragado; ahora están los vientos en calma, ahora es el momento oportuno. No demos lugar á que se arme otra vez la tormenta: no dejemos entiviar el recuerdo intenso de nuestros males: no volvamos despues á renovar la cuestion que agitará de nuevo á la república, y le causará convulsiones de muerte.

Aquí es preciso ocurrir de paso á un reparo que puede oponer la irreflección. Los anteriores congresos, se dirá, han sancionado la forma de unidad, y sin embargo esta sancion no ha impedido que la cuestión se promueva nuevamente ; quien nos asegura que no sucederá lo mismo hoy ! Nos lo asegura esta disparidad. Los anteriores congresos sancionaron la forma de unidad entre el fuerte choque de las opiniones y el estruendo de las armas : aquella sancion ademas era hipotética, *si se adoptaba la constitucion*, é importaba una resolución práctica cuyo cumplimiento era próximo, y consistia en la voluntad de los pueblos, que no estaban predispuestos á recibirla. Desechada la constitucion, derogada de hecho, los nuevos diputados constituyentes nada han encontrado resuelto, y ha sido preciso edificar desde los cimientos. Pero la base que ahora se fije será en perfecta tranquilidad, de conformidad absoluta á los deseos de los pueblos, ó por mejor decir, por su expreso mandato : ella vá á importar, no una resolución de un efecto inmediato, sino una declaratoria, cuyo cumplimiento práctico está librado á los diputados del futuro congreso : cuando éstos se reunan, encontrarán vigente una resolución que no podrán alterar, pues sus poderes estarán limitados á trabajar sobre esta base. Sobre ella, como sobre un hecho existente por la voluntad de los pueblos, que ha parado ya en autoridad de cosa juzgada, de que nadie querrá ni podrá disputar, levantarán la constitucion. Para que las provincias la adopten, para ponerlas en aptitud de practicarla, para diversificar las circunstancias, se trabaja desde ahora, y en el plan de disposiciones éntra la convencion.

Se fijará, pues, sin dificultad, la base de la constitucion. Dado este gran paso estamos ya en camino : — lo demás ofrece pocos tropiezos. Para allanarlos, deslindará tambien la convencion las atribuciones y deberes del congreso constituyente, y la conveniencia de esta medida está demostrada en la de que los diputados traigan á la presente reunion instrucciones claras, precisas,

y uniformes. Si ahora las provincias se han acordado de un modo tácito y por indicaciones extra-convencionales, no es fácil que esto suceda otra vez: al menos es mas cómodo hacerlo de un modo expreso y legal. Asi quedarán ya las provincias convenidas en lo que debe ser el futuro congreso, y sabrán lo que pueden esperar, sin temor de que sus esperanzas se vean otra vez engañadas. Solo de este modo gradual y lénto, no hay que dudarlo, solo con pasos premeditados y uniformes se puede arribar á constituir el pais.

Para que nada quede en cuestion, para que todo quede dispuesto, se acordará tambien la época de la reunion del congreso: esta época, en nuestro concepto, no puede ser absoluta sino relativa á la conclusion de la guerra. Mientras ésta dure no es político convertir la atencion á otros objetos de importancia: las provincias, por otra parte están en una posicion precaria é inquieta, sin contar seguramente con sus propios recursos, ni con la estabilidad de las cosas; sin poder concentrarse en sí mismas, y esta concentracion es la disposicion géfe y esencial, para recibir con fruto la constitucion. Sin que los pueblos se organicen previamente, es un delirio pensar en constituirlos: esto no es mas que escribir un papel, y lanzarlo al viento como se ha hecho hasta aqui. Fijada ya la suerte futura de las provincias por medio de la convencion, trazada la parte que le ha de tocar en el sér constitucional, garantida sobre todo su tranquilidad exterior, cada una puede entrar á pensar en sí misma: cada una puede poner en accion sus recursos, convertirlos á sus mejoras peculiares, perfeccionar su ser individual, y siguiendo las reglas mas sencillas del arte, formar primero las partes de que se ha de constituir el todo. Asi lo harán, no hay que dudarlo: los pueblos caminan siempre en direccion á sus verdaderos intereses, quando agentes externos no los extravian: el tiempo y sus propias necesidades serán sus mejores guias. Las luces del siglo han penetrado bastante en nuestras pro-

vincias, y sus rayos las vivificarán con mas fuerza desde ahora que han cesado los vientos de las turbulencias. Cada una de ellas tiene en sí los elementos necesarios para su organizacion: déjeseles obrar, y esto basta. No nos engañamos con ilusiones quiméricas: obsérvese á esas cinco ó seis provincias en que la guerra civil ha hecho menos estragos, y cuyos destinos han permanecido en tranquilidad por mas tiempo: obsérveseles, y las mas fundadas esperanzas vendrán á consolarnos. La regularidad de sus formas, la solidez de sus garantías, los progresos de su civilizacion colocan á las provincias indicadas en un puesto expectable:—cada una de ellas podia ya jugar con aire su rol en la federacion. Pues las mismas causas producirán los mismos efectos en las demas: la obra es empesada, una emulacion saludable la concluirá: satisfechos por la convencion los deseos de los pueblos, su honor queda altamente comprometido, queda tambien el de sus gefes. Atendida la forma de gobierno que se vá á sancionar, cada uno de estos tiene el mayor interes en predisponer á su provincia al congreso con toda la dignidad posible. Ellas marcharán sin duda con la que les corresponde: fijese pues el rumbo, que sepamos todos adonde vamos, y no padecerémos extravio: esta es la urgente necesidad de la república, y la que hace oportuna hoy á la convencion.

Prometimos hacernos cargo de las obgecciones que se han aducido contra la oportunidad de la presente reunion nacional. Todas están recopiladas en un escrito publicado en esta ciudad (2): algunas proceden de falta de conocimiento del objeto y plan de la convencion, y éstas quedan ya deshechas. Nos contraherémos á las restantes.

Se ha dicho para fundar la inoportunidad, que el proyecto de convencion es mirado con una *indiferencia general*, y que todo pronostica que ella no se reunirá.

(2) Número primero del Porteño.

Si efectivamente hubiese alguna demora y desaliento para la presente reunion, sería un efecto natural del exito desgraciado de las anteriores. No se arroja sin temor á las ondas el que ha naufragado algunas veces, ni adopta sin desmayo un nuevo tratamiento el enfermo que en vano ha experimentado otros. Pero si las primeras indicaciones del nuevo régimen responden á las precauciones tomadas, el doliente se anima, la esperanza sucede al abatimiento, y nunca es mas que entonces exacto observador del método principiado: por manera que el suceso de las disposiciones asegura el de la curacion. No de otro modo sucederá en nuestro caso. El proyecto de convencion es una de las disposiciones primarias para constituir al país: hemos hecho ver que casi es imposible que ella no consiga sus objetos: hemos notado que si se frustan, nada se ha perdido: pero si los obtiene, el espíritu público revive, se alienta la esperanza, y los pueblos que por primera vez ven logrados los trabajos de un cuerpo nacional, olvidan el recuerdo triste de los anteriores, deponen el desaliento que los desmaya y los hace mirar con una *general indiferencia* el proyecto en exámen: trabajan entonces con vigor en el sentido de sus intereses, y he aquí en la misma obgecion una nueva ventaja que recomienda al proyecto, un nuevo dato de su oportunidad.

¿Pero cuales son las pruebas de esa indiferencia general? ¿Por qué se dice que la convencion no se reunirá? Vamos á los hechos: dejémonos de pronósticos que son ridículos cuando estan en contradiccion con aquellos. Hechos son los que necesita el escrito citado, concebido en un estilo enfático y sentencioso, que sin tomarse el trabajo de profundizar y discurrir, está lleno de conceptos abstractos cuya aplicacion no se vé, y de proposiciones absolutas cuya prueba se demanda.

Un anuncio tal, querra tal vez fundarse en que hasta hoy muy pocos son los diputados que han concurrido al lugar de la convencion: pero medítese en las graves difi-

cultades que para una operación de esta naturaleza oponen las distancias. En Agosto del próximo año se acordó la remision de comisionados á las provincias para convocarlas á la convencion: y hoy, esto es á los cinco meses, están ya elegidos los diputados de la mayor parte (3). Ahora bien: el último congreso, que segun la expresion del mismo escrito, *se creó por la espontanea determinacion y á impulsos de la urgencia irresistible de los pueblos*, fué convocado en Marzo el año de 1823. En éste mes se decretaron las comisiones á las provincias con el expresado objeto. Los comisionados salieron de ésta en Junio del mismo año, y en Diciembre de 1824 recien se logró la reunion del congreso. Compárese ahora el tiempo: véase si, por que el proyecto de convencion cuenta ya cinco meses se puede deducir argumento sobre la disposicion desfavorable de las provincias á realizarlo, cuando veinte de demora no impiden que se diga, y con justicia, que el congreso se reunió por la irresistible determinacion de los pueblos.

Se dice, *la organizacion nacional no se ha logrado: el vínculo comun se ha roto: en lugar de la comunidad de intereses reina, no ya una individualidad descompaginada, sino una disolucion completa*. Esto en parte es cierto, pero solamente hasta el punto de hacer necesaria y oportuna la convencion para *lograr la organizacion nacional*, para volver á unir el *vínculo comun*, para entronizar *la comunidad de intereses*, y dar á *la individualidad* una direccion conveniente á la forma de gobierno que se ha de sancionar. Mas la exageracion

(3) Estan los de Santa Fé, Entre Rios, Corrientes, San Luis, Mendoza, San Juan, Santiago, Córdoba, Oriental, y Buenos Ayres. Probablemente á esta hora están tambien los de la Rioja (b). Solo tres provincias hemos dejado de nombrar, y esperamos tener este placer, muy pronto, hablando de esta materia.

(b) Está ya en éste lugar de la reunion uno de los SS. diputados de la Rioja, habiendo renunciado el otro. *Los editores*.

se lleva hasta decir que *las provincias jamás han ofrecido menos puntos de contacto que ahora Insigne falsedad*, exclamamos nosotros tambien: para proferirla se han supuesto impudentemente algunos hechos, y se ha procurado dar á los verdaderos y públicos una interpretación gratuita y contradictoria. Vamos á demostrarlo. En prueba de la *descompaginada* divergencia en que están las provincias, dice el escrito que "de las que admitieron el pacto sancionado por sus representantes, las unas lo han visto desaparecer con dolor; some- tiéndose repugnantes á las autoridades que se alzaban en su lugar; las otras parecen decididas á conservar- lo; mientras otras en apoyo de su lealtad han visto profanada su magistratura, y lanzados de pronto en su territorio todos los males de la guerra civil". Por lo que se vé este escrito divide en tres clases las provincias que admitieron la constitucion.... ¿Y á tal punto es mala la causa de los opositores al proyecto? ¿Es posible que para sostenerla se mienta con tanto descaro sobre hechos públicos, recientes y que acaban de pasar entre nosotros? No hay tres clases, ni aun tres provincias, que hayan admitido ese código. Una sola, la Oriental, lo aceptó por medio de sus representantes provinciales: y estos en justo castigo de la violencia que acababan de inferir al voto decidido y constante por muchos años de su provincia, fueron destituidos de una confianza que páfídamente habían traicionado. El pueblo mismo por sí, inmediata y espontaneamente los destituyó, por mas que el espíritu de partido haya querido valerse de este hecho para acriminar á personas beneméritas que en nada pensaban menos que en trastornos políticos. Casi todos los ciudadanos respetables de aquella distinguida provincia, que son muchos, no solo están de acuerdo con la actual marcha de los negocios, sino que obran activamente en el mismo sentido: prueba irrefragable de que la adopcion del código constitucional fue obra exclusiva de la seducción y del complot. Para desha-

cerlo no fue preciso *lanzar en su territorio todos los males de la guerra civil.* ¿Cuales son esos males? ¿donde está esa guerra civil? (c). Todos saben que en la expresada provincia no hay otra que la nacional; que allí solo se piensa en batir á los imperiales y en esto se trabaja con una decision y ardimiento que entusiasman. La mas sincera cordialidad une á los orientales, no solo entre sí, sino tambien con las otras provincias, especialmente con la nuestra: amistad sin límites con Buenos Ayres, gratitud eterna á su gobierno, hé aqui el sentimiento universal de los orientales.

Sin querer hemos digredido tal vez por algunos momentos: pero no podemos tolerar la imprudencia con que se intenta desmentir los hechos mas notorios para que nunca se sepa cual es la verdadera opinion pública, y jamas lleguemos á entendernos. Es falso, lo repetimos, ninguna provincia aceptó la constitucion bajo la base de unidad: muchas la rechazaron expresamente por esta sola razon, y casi todas acaban de declarar que su voluntad es que la república sea federal. Pero á esto dice el escrito á que contestamos *que las que han parecido mas encarnizadas contra la constitucion y el congreso gimen bajo un despotismo feroz que las priva de la ocasion y los medios de expresar sus necesidades y sus deseos.* ¡Calumnia ridícula y despreciable, mil veces reproducida, y mil veces contestada de un modo victorioso! Despues de lo mucho que se ha dicho para desmentirla, nos ocuparemos de ella por un solo instante.

(c) Cuando este discurso fué escrito, no habia pasado el general Rivera á la provincia Oriental; en consecuencia este nuevo suceso desgraciado, no impide que fuese exácto lo que entonces dijo el autor, y falso lo que habia asegurado el escrito que refuta. Por otra parte, ni la causa del transito de Rivera ha sido la destitucion de los funcionarios unitarios, ni su objeto restablecerlos con la constitucion que ellos aceptaron; en nada ha pensado menos que en esto. Ultimamente estamos ciertos que el escándalo de que habla esta nota cesará muy pronto, sino ha cesado ya.

Los editores.

Por supuesto, á primera vista resalta la torpe inconsecuencia de los unitarios: cuando una ú otra provincia ha seguido por algunos días sus banderas, entonces es la libre expresion de sus sentimientos la que se manifiesta. Pero si esa misma provincia, y casi todas se han pronunciado decididamente contra la constitucion y por el federalismo, entoces una fuerza feroz las despotiza. ¿Pero donde está ese despotismo? ¿Cuales son los medios, cuales los egércitos en que se apoya? No es verdad que los gefes de casi todas las provincias no cuentan con otra fuerza que la de los mismos ciudadanos que se dicen oprimidos? No lo es, por el contrario, que los gefes del unitarismo se han visto obligados á organizar divisiones militares y á sostenerlas hasta con sueldo doble?

No nos engañemos: todas ó casi todas las provincias son federales: lo son por convencimiento, lo son por simpatía, principio que obra en el hombre con tanta fuerza como todas las razones juntas.—Las personas que en ellas tienen opinion propia, son, es verdad en un número menor que en Buenos Ayres, en la proporción misma que es menor la poblacion. Esas personas por su educacion, por su fortuna, por el lugar que ocupan en la sociedad, ó rodean al gobernante, ó le hacen oposicion, (esto es hablando por lo general:) los primeros son en mayor número, y todos son íntimamente afectos á la forma federal: todos creen que no es posible que una sola autoridad central pueda regir por unas mismas leyes lo interior de países tan distantes en que hasta el clima varía; de países que ya en necesidades, ya en recursos difieren tanto unos de otros; de países en fin distintos en usos, en costumbres, en varias disposiciones físicas y morales. Asi opinan los hombres pensadores, los que en las provincias conocen su país, y los medios de dirijirlo. Siendo esta la opinion de la parte ilustrada, dedúzcase cual será la de las masas, en quien aquella egerce siempre un influjo tan cierto como insensible.

Los hombres de la clase comun no saben por supuesto, en las provincias, asi como en Buenos Ayres, definir lo que es unidad ni federacion: no saben explicar el significado de estas voces, como lo haria un publicista; pero sienten perfectamente que el remedio á las necesidades que los afligen, de nadie lo pueden esperar, sino de su gobierno inmediato: están sobre todo afectados de un espíritu irresistible de localidad, y por conservar su independencia territorial corren gustosos á sacrificar sus vidas. Apenas se puede dar un instinto mas justo ni mas exácto que el de nuestras masas: con la misma eficacia que sienten la urgencia de un gobierno inmediato é independiente, sienten tambien la necesidad de la union con las demas provincias, con quienes están destinadas por la naturaleza á formar un todo. He aquí el sistema federal.

Es preciso haberlo tocado, es preciso haberlo visto: tales son los sentimientos uniformes de las provincias argentinas. Cuando sus juntas acaban de pronunciarse por la forma federal, es una necedad pueril atribuirlo al *despotismo feroz*: éste pronunciamiento está en una fiel consonancia con las necesidades, con los deseos, con los votos genuinos de los pueblos. Y supuesto que él es uniforme, es preciso tambien concluir que es uniforme la opinion de la república sobre el punto cardinal que por tanto tiempo la ha dividido. Las provincias estan felizmente de acuerdo, gracias á los que tanto han trabajado en conciliarlas (4). El hecho de que ellas *jamas han ofrecido menos puntos de contactos que en estos momentos* es absolutamente falso, infundado, y opuesto á la notoriedad de los sucesos: la obgecion que

(4) No podemos menos que expresar el reconocimiento que la república debe al actual gobernador de Buenos Ayres, cuya mediacion, influjo y tino práctico ha contribuido tanto á calmar los ánimos, y á colocar á las provincias en esa disposicion fraternal que quizá no habian gozado aun desde el año 10.

de él se pretende deducir contra la oportunidad de la convencion, no merece sin duda ocuparnos mas tiempo.

Siempre en el empeño inutil de demostrar la inoportunidad del tiempo escogido para la convencion, se ha preguntado aludiendo al último congreso; *no teniamos, hace poco, un instrumento infinitamente mas activo y mas poderoso?.....; No lo rodearon los prestigios del saber, del patriotismo, de la dignidad del carácter, de la elevacion de las miras?* ; Majaderia impertinente! jactancia inexcusable en boca de los mismos que componian el congreso, que se creian de los miembros mas distinguidos de él, y perteneciendo al partido unitario que formaba la mayoria, pensaban participar de aquellas brillantes calidades. Una sola palabra tenemos que decir. Eran *tan elevadas las miras* de los congresales unitarios, que como en globos aerostáticos se sublimaron *con dignidad* sobre los pueblos, hasta que se perdieron de vista, y al fin desfallecieron en la region eterea. Los convencionales marcharán á paso firme por entre los pueblos mismos, por la ruta que les señalan sus necesidades y sus deseos: el camino está bien marcado, no haya miedo que se pierdan:—ellos amarán por otra parte andar por una atmósfera bien clara, y se guardarán muy bien *de rodearse de prestigios*. Sigue el escrito:—*Y cuando está reciente la memoria de su caída; cuando todavia aturridos y perplejos no sabemos darnos cuenta de las causas de su destruccion.* Estas son ya y han sido muy de ante-mano bien conocidas de todos: quedan detalladas en este artículo, y se ha procurado precaverlas en la convencion; *¿pretendemos substituirle un simulacro obscuro, precario, ofrecido por una mano sino abiertamente hostil, á todas luces sospechosa, y destinado á trabajar en tinieblas la obra de nuestra regeneracion?* *¿Simulacro obscuro?* Si esto es dicho con respecto á las personas, nosotros contextaremos que nadie recuerda quienes eran los que formaban las tres cuartas partes del bando unitario en el congreso. *¿Precario?* La

convencion vá á cimentarse sobre el voto insistente y espontáneo de los pueblos. Lo de la mano hostil y sospechosa, hace abiertamente alucion á la provincia de Córdoba, pero esto es un desatino. La expresada provincia, como todas, se ha acordado con la de Buenos Aires en la formacion de un cuerpo nacional; sin mas especialidad sino que aquella lo hizo por tratados formales. El congreso fue quien en el artículo 11 de la ley de 3 de Julio del año pasado *recomendó á las provincias la conservacion de un cuerpo deliberante hasta la instalacion de un nuevo congreso*; él fue quien en el artículo 7 de la misma ley propuso el primero la idea de convencion; y los pueblos no trepidaron en seguirla. Ahora, si la mano del congreso era hostil ó sospechosa, nosotros no nos atrevemos á contradecir este aserto. Por lo que respecta al lugar, que se dice de *tinieblas*, en que vá á trabar la convencion, contestaremos en el examen de la tercera cuestion que nos hemos propuesto, y que vamos á emprender ya despues de haber observado cuanto se ha opuesto contra la oportunidad del tiempo escogido para la reunion.

¿ La formacion de un cuerpo nacional es conveniente bajo el carácter y circunstancias de la convencion que está convocada ? En el progreso de este discurso nos hemos visto forzados á anticipar nuestras ideas, sobre el carácter de la presente reunion. Hemos demostrado la conveniencia de que efectivamente por ahora se forme solo una mera convencion de los pueblos, cuyo principal objeto sea fijar las bases para un congreso constituyente.

En conformidad, pues, á la naturaleza de la convencion, cada una de las provincias tiene un derecho incontestable á ser representada en ella por un número de diputados igual al que remita cualquiera otra sea cual fuese su poblacion. Las provincias, en el estado en que van á ser representadas en la convencion, no pueden ser consideradas sino como asociaciones absolutamente independientes y soberanas. La soberanía no se constituye

por el número de los individuos que componen un estado, sino por el ejercicio reconocido de su independencia: en este ejercicio está cada una de las provincias con respecto á las otras, exceptuando solo las facultades que han delegado en el gobierno de Buenos Ayres, mientras no se verifique la convencion. Ahora bien, el derecho internacional ninguna superioridad permite á un estado sobre otro lo mismo que él, independiente y soberano: cuando asuntos de interes comun los congregan por medio de sus representantes, ninguno puede aspirar á una primacia ó prerrogativa formal sobre los otros, sino cuando mas, á ser tenido como *primero entre sus iguales*, y esto solo en los actos puramente materiales, y segun las reglas que el mismo derecho detalla al efecto. Los diputados en la convencion no ván á representar á individuos sino á cuerpos *igualmente* independientes: en consecuencia, si alguna provincia mandase un número superior de representantes al convenido, el voto de estos no podria computarse por *cabeza* sino por provincia. En consonancia á estas nociones tan conformes á la razón, tan sencillas y tan conocidas de todos, el congreso en su citada ley de 3 de Julio, art. 7, acordó que la convencion *podrá componerse por ahora de un diputado por cada una* (de las provincias). Posteriormente se han convenido, en que cada una tenga el derecho de mandar dos. Pero los mismos que con su voto concurrieron á la sancion de aquel artículo, han obgetado despues (5) contra la convencion el número diminuto de dos diputados por provincia. Sus observaciones son mas bien aplicables á un cuerpo legislativo ó constituyente, que á una convencion preparatoria. Sobre todo, si Buenos Ayres mandase diez y ocho representantes, como al último congreso,

(5) En el número 2 del Porteno. Sabemos de publicidad quienes eran los editores de este papel: están entre nosotros, y pueden rebatirnos si gustan.

cada una de las otras provincias tendría derecho á diputar igual número: ¿y cómo se sostendría entonces éste formidable ejército? Uno de los puntos, que en nuestro concepto, debe tratarse en la convencion, es la responsabilidad de los diputados al futuro congreso, y convenirse en el modo de hacerla efectiva. Nos parece ridicula la idea de juzgar opiniones, bien que hasta ahora á nadie le ha ocurrido entre nosotros: se ha hablado solo de juzgar transgresiones positivas, infidencias, prevaricatos. Pero sea de esto lo que fuese: es de imperiosa necesidad dictar una ley para lo sucesivo: calificar por medio de ella el atroz delito con que un diputado en congreso atenta contra sus poderes; y proveer al modo de hacer efectiva la responsabilidad que positivamente contrae al aceptar la representacion. Las lecciones pasadas, deben fijar á la convencion sobre este punto, difícil tanto como importante.

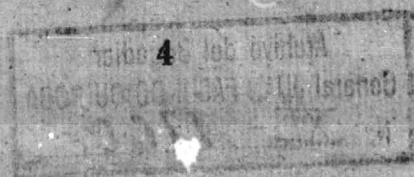
En el lugar de la reunion acabará nuestro exámen: las provincias han resuelto que sea la de Santa Fé. No entramos en la cuestion en abstracto de si para deliberar y legislar es preferible la soledad al bullicio: cualquiera sabe que no nos faltarian teorías luminosas, y ejemplos ilustres para fundar una opinion por la afirmativa. Pero concretemos la cuestion.

El citado escrito que la promueve, dice: *que la representación nacional, si existiera, no debería, ni podría reunirse sino en Buenos Ayres*: y nosotros en público opinamos ahora lo contrario, y lo mismo que privadamente hemos opinado mucho tiempo hace. Y así como aquel escrito asegura que sería *una necedad pueril atribuir esta preferencia* (la que al efecto dá á Buenos Ayres) *al orgullo provincial*, nosotros tenemos igual derecho para decir que solo el espíritu de la discordia puede atribuir nuestra opinion, como efectivamente la atribuye el escrito, á *antipatía ácia Buenos Ayres y á predisposicion á rebajar su dignidad, y á disminuir su impor-*

zanicia. Hecha esta indicacion, discurremos; y tocaremos la injusticia con que se acrimina nuestro modo de pensar.

La representacion nacional tendrá en Santa Fé tal vez todas las ventajas que en Buenos Ayres, y ciertamente sin participar de sus inconvenientes. *El respeto que inspira un público observador*, impondrá á los diputados en Santa Fé: la nacion toda ha depositado en ellos el resto de su confianza, y un exámen severo espera sus resoluciones: sus discursos han de circular del mismo modo que salgan de sus labios, y cuanto ellos hagan pasará en medio de la República. La ley, es verdad, necesita los socorros de la ilustracion, ¿pero qué, si que antes no la tenga, se la infundirá el lugar de la reunion, en el acto mismo de legislar? La discusion pone en ejercicio la actividad mental, y desarrolla y aplica las doctrinas que antes se han estudiado: pero sin principios los debates solo obran en la imaginacion, y la fuerza de la elocuencia solo sirve á la vez para seducir y no para ilustrar. Esto sucederá en Santa Fé lo mismo que en Buenos Ayres, si los que ván á la sala nacional no han adquirido con el tiempo y el estudio un fondo de conocimientos propios, y mas que todo, esa habitud de juzgar, esa fijesa de criterio, que se mantiene firme entre las redes del artificio, y asida fuertemente del hilo que guía de los antecedentes á las concuencias, conoce bien cuando él está cortado. Sin este caudal de principios, sin esta fuerza de sinderisis, la estacion por algun tiempo en Buenos Ayres, ó en cualquiera otra ciudad populosa, no dá sino una luz fosfórica: no se forma la razon sino que se alienta el charlanismo. Por otra parte, en Buenos Ayres hay peligros que no pueden temerse en ningun otro punto de la república. Aquí (d) se respira una atmósfera que no es la mas propia para graduar los destinos generales. No se tocan tan de cerca las necesidades

(d) En Buenos Ayres. Los editores.



de las provincias, se olvidan facilmente las exigencias de su verdadero estado. La voz de Buenos Ayres es bastante robusta para hacerse sentir en cualquier ángulo del territorio, pero el bullicio de esta provincia puede sofocar el éco de las demas. El brillo de las nuevas sociedades, el deseo de figurar en ellas adoptando sus ideas, *el saber, la riqueza, las mas altas funciones, los mas eminentes servicios*, todas esas *prerrogativas*, todas esas *supremacias sociales*, que tanto se ostentan como garantías del acierto de los legisladores, las hemos visto muchas veces servir de redes á su candor.

Quiza su influjo ha dado lugar á una abnegacion vergonzosa, por parte de los diputados de fuera. Nos es imposible dejar la demaciada circunspeccion, y sobreabundar á este respecto, sin exponernos á interpretaciones malignas. No podemos refutar mejor el escrito que tenemos en vista, que copiando sus mismas expresiones. En Buenos Ayres, dice, *es muy dificil estraviarse, y la prevaricacion es imposible*. Todos saben que el suceso ha desmentido tres veces esta asercion. Sea cual fuere la causa, los pueblos quieren hacer un nuevo ensayo en un nuevo teatro: ¿puede con justicia acriminarse esta conducta?

El cuerpo nacional se reunirá sin duda en Santa Fé: en esta circunstancia, y el carácter que vá á investir hacen hoy oportuna su reunion para proveer á la grande necesidad de las provincias argentinas—la de la union. Tal es el verdadero espíritu del proyecto, *á nadie se pretende alucinar*. Su realizacion, y sus efectos mostrarán qué nada hay dificil cuando se consultan las necesidades, los deseos y los recursos de los pueblos: y que si una política tortuosa y extraviada todo lo malogró, otra franca y liberal todo lo consigue.

